

Estas podrían ser tan grandes como ella lo quisiera, bastándole para hacerlas invencibles halagar la estrambótica pasión del padre de D.^a Leonor.

Pero esto no podía hacerlo D.^a Ana.

Gustaba, como toda mujer hermosa, de ser galanteada, pero en tanto que la galantería no traspasase los límites de una buena y desinteresada amistad, circunscrita al círculo de las conveniencias sociales.

A nadie y menos á D. Pedro de Togores había dado jamás motivo para importunarla más allá de dichos límites.

Sujeta por el deber á Alonso de Pacheco, y por dulces memorias á sus antiguas relaciones con D. Avaro, no buscaba en peligrosas aventuras lo que no podían ellas darle: la libertad y la dicha.

Su falta, grave pero única, tenía la demasiado presente en su conciencia y en su corazón.

En una Magdalena, la reincidencia es imposible.

Había amado y sólo podía amar al único hombre capaz de proporcionarle su regeneración.

Pero como muy bien había dicho D. Alvaro, la Providencia había dispuesto que Alonso de Pacheco pudiera aun hacerle un gran servicio.

Viviendo Pacheco, nada podía exigir de ella D. Pedro, cuya mira era la de hacerla su esposa.

Así cien veces se lo había jurado, queriendo ganarla en su favor.

Era, pues, indispensable aprovechar aquella circunstancia.

Tal es la situación en que D.^a Ana de Pacheco queda al final de los capítulo y libro á los cuales ponemos aquí término.

LIBRO VIII

LA MANO DE DIOS



Capítulo I

Los descubrimientos de Togores

CASI en los mismos momentos en que D.^a Ana de Pacheco, temerosa de lo que D. Pedro de Togores pudiera tramar contra ella, buscaba un pretexto para hacerle llegar á su presencia, el padre de D.^a Leonor volvía á la ciudad después de haber estado fuera de ella, y encaminándose á la casa de Salazar se hacía anunciar al gobernador.

Buenas sin duda debían ser las noticias de que era portador, porque el contento y la satisfacción se retrataban en su semblante, haciendo menos repulsivo aquel rostro descarnado y amarilloso, efecto tal vez de su cólera violentamente contenida, y del veneno de impotente ira que por sus venas circulaba.

Cosa de ensalmo parecía la variación operada en aquella fisonomía, que pocos meses antes, semejava ha-

berse burlado de los años por su frescura extraordinaria, casi juvenil.

En su barba y recortado cabello las canas habíanse multiplicado, y el primitivo tinte gris que, imprimiéronles, al parecer lenta, aunque progresivamente, iba tornándose por momentos en amplio campo de blancas cenizas.

A pesar de estos y otros signos de vejez, el cuerpo manteníase fuerte y erguido, y no era difícil juzgar que la espada que de su cinto pendía, aun podía ser por el manejada con firme y segura mano.

Gonzalo de Salazar recibió á D. Pedro en el instante mismo en que supo que esperaba en la antecámara.

—Creí,—le dijo con buen humor,— que también vos, Togores, erais de los locos que sin temor á mis espías se vienen lanzando en peligrosas aventuras. Tres días hace que faltáis de la ciudad, según me han dicho.

—Y no os han engañado, así como tampoco anduvisteis fuera de propósito en suponer que soy también de los que gustan de peligrosas aventuras.

—Ved lo que decís, Togores, pues no puede ocultarseos que yo entiendo por aventuras peligrosas...

—Las intentadas contra vuestro gobierno.

—Justamente.

—Pues bien, no extrañaría que alguno de los vuestros me acusase ante vos de tal delito.

—¡Eh! ¿qué queréis darme á entender?

—Nada que pueda valerme vuestra enemistad, que, á la verdad, no deseo.

—Difícil me hubiera sido creer lo contrario.

—Me hacéis justicia con vuestra favorable opinión, y sin embargo, ya os lo he dicho, casi he pasado estos tres días trabajando en contra vuestra.

—Para mejor servirme sin duda; ¿no es cierto?

—Lo es.

—Dadme, pues, cuenta y razón de vuestros trabajos.

—Voy á hacerlo. En primer lugar puedo aseguraros que D. Hernando Cortés vive.

Salazar soltó una carcajada, diciendo:

—Jamás lo he puesto en duda, pero sí la sembré entre el vulgo.

—Lo sé también, pero lo que vos no sabéis, es que D. Hernando tiene noticia de lo que en México está pasando.

Salazar se demudó visiblemente y repuso pasado el primer momento.

—Eso nadie puede saberlo.

—Os equivocáis, Salazar; lo sabéis vos porque yo os lo digo, y yo os lo digo porque lo he sabido de labios de un emisario de D. Hernando.

Salazar dió un fuerte golpe sobre la mesa en que apoyaba su mano, y con enojo prorumpió en atroces blasfemias, concluyendo por decir:

—¡Un emisario de D. Hernando se halla en México y nada han sabido mis espías!

—Disculpad su ignorancia, pues en primer lugar el emisario de D. Hernando no ha estado en la ciudad, y en segundo, tal ha sido el secreto guardado por vuestros enemigos, que sólo una casualidad pudiera haberlos descubierto.

—¿Y con esa casualidad disteis vos, Togores?

—Yo mismo.

—Entonces ya comprendo lo exquisito de vuestro ofato: ese hombre podrá traer mi ruina y la de Peralmindez, pero la vuestra la trae de seguro.

—Pienso de contrario modo: á mi puede hacerme menos daño que á vosotros.

—No os entiendo.

—Alonso de Pacheco ha muerto.

—¿Quizás á vuestra mano?

—No por cierto.

—¿A la de quien entonces?

—A la de uno que fué vuestro amigo: la de D. Alvaro de Silva.

—¿Vuestro competidor?

—Exactamente.

—¡El burlador de Alonso de Pacheco! ¡Oh! ¡cruel destino el de los maridos! Os aconsejo, Togores, que no os caséis con esa mujer funesta.

—¡Tened la lengua!—repuso D. Pedro con cierta gravedad, al notar que el gobernador daba á sus palabras un tono asaz burlón y mortificante.

—¿Quiere decir que persistis en la locura de amarla?

—Con mayor violencia cada vez; con desesperación tal, que estoy dispuesto á matarla, si ahora que estoy seguro de que es libre, continuase resistiéndose á mis súplicas y pensase en desposarse con mi contrario!

—Os veo, Togores, en una fatal pendiente, y creed que algo grande daría por sacaros de ella.

—Así lo espero.

—¿Estaríais quizás dispuesto á desistir?

—¡Nunca!—contestó D. Pedro con energía.

—Entonces, ¿qué puedo hacer yo por vos?

—Os lo diré á su tiempo; por el pronto ocupémonos de lo que á vos se refiere.

—Extraño sois, Togores, á fe mía. Hacéis á un lado vuestro interés para ocuparos del mío, que á mi vez ol-

vido por el vuestro: bien es verdad que tan satisfecho me tiene mi prosperidad, que me parece imposible que algo pueda turbarla. Contad conmigo para cuanto pueda seros útil, y decid lo que á bien tengáis.

—Ignoro cómo, —dijo D. Pedro, —pero es lo cierto, que á la Audiencia de la Española llegó la nueva de la muerte de D. Hernando en las Hibuerras, según vosotros la hicisteis correr.

No es en la Española donde menos enemigos tiene D. Hernando, y la noticia causó el efecto consiguiente en aquellos para quienes la muerte de Cortés podría ser fuente de daños ó manantial de mal contenidas satisfacciones.

Unos y otros movieron á la Audiencia á aprestar una embarcación que se hiciese á la vela para estos reinos, á inquirir la verdad del rumor.

A esta sazón surgió en Cuba el licenciado Zuazo, que informó á cuantos quisieron oírlo, del atropello de que le hicisteis víctima, y de vuestros manejos para convertirlos en dueños de la situación.

Allá, Dios sabe cómo, logró poner en tal temor al capitán de la vela dispuesta para hacer rumbo á Veracruz, que mejor que venir á exponerse á vuestro castigo, navegó para Honduras en busca de D. Hernando.

Por su conducto tuvo Cortés la primera noticia de los sucesos de México, noticia que lo consternó tanto, cuanto no es fácil explicarse (1).

Dudoso del partido que debía abrazar (2), como español religioso, levanta su corazón á Dios pidiéndole que le ilumine; manda que se hagan procesiones, y oída la

(1) Gomara.

(2) P. Cavo.

misa del Espíritu Santo, da orden á Gonzalo de Sandoval de que marche con la tropa por el camino de Quau-temalán con dirección á México: deja en el puerto de Trujillo á Saavedra, y en la misma vela que le trajo la fatal noticia se embarca para Veracruz. Estando ya sobre su ancla, muda el viento y vuelve á tierra á esperar bonanza. Navegaba después con buen viento, cuando á dos leguas quiébrase la antera mayor y le es preciso volver al puerto. Al cabo de tres días embárcase D. Hernando por tercera vez, y en un día y dos noches de viento en popa, pónese á cincuenta leguas de Trujillo: de nuevo sobreviene el Norte, terrible en aquellos mares, y róm- pese por los tamboretos el mástil de trinquete: el peligro se hace inminente, el mar grueso combate la indefensa embarcación, y apenas por milagro logra entrar al sur- jidero. Vuelto D. Hernando á tierra hace celebrar misas y otras públicas rogaciones, y pareciéndole que la volun- tad de Dios es que en aquellas circunstancias no venga á México, en la misma embarcación despacha á Martín Dorantes con pliegos en que revoca los nombramientos extendidos á vuestro favor y nombra un sustituto de su confianza. Con Dorantes se embarcan muchos cabal- leros y personas de cuenta y parten para estos reinos y llegan sin ser sentidos y burlando todas vuestras precau- ciones.

Quando D. Pedro concluyó de decir lo anterior, Gon- zalo de Salazar iluminaba su propio y alterado semblan- te con los relámpagos de ira que sus ojos despedían.

—Y ese Dorantes ¿dónde está?—preguntó con sordo acento de amenaza, trueno de aquellos relámpagos.

—No lo sé,—contestó D. Pedro:—diseminados por precaución, los emisarios de Cortés al entrar en estos

reinos, hasta hoy, que yo sepa, sólo Alonso de Pacheco ha logrado llegar á los alrededores de la ciudad.

—¿Cómo disteis con él? ¡Respondedme la verdad, don Pedro de Togores y haré por vos cuanto exijáis de mí!

—Siguiendo, sin que pudiese notarlo, á D. Alonso de Silva.

De esto hace tres días, pero mi descubimiento sólo data de ayer.

—¿Pero quién os dió la noticia?

—El mismo Alonso de Pacheco.

Portador, no sé por qué, de los pliegos confiados á Do- rantes, se valió del mismo D. Alvaro, su herido, para hacer llamar á Andrés de Tapia, jefe actualmente de vuestros enemigos.

Ignoro cómo ni cuándo habló con él, pero me consta que le entregó dichos pliegos.

Desorientado yo en un principio, y obligado á mante- nerme oculto para no ser descubierto por D. Alvaro, cuyo móvil para salir de la ciudad importaba á mi celoso rencor averiguar, no dí con Alonso de Pacheco hasta que todos hu- biéronle abandonado en una miserable posada del camino.

Así lo exigió él mismo y así me lo dijo, no desconfiando de mí, pues tenía me por su amigo y era yo su apoderado.

Difícil le fué hacerme la relación que acabo de repeti- ros, pues su vida estaba en los últimos instantes, y la muerte se apoderó de él cuando aun tenía, sin duda, mucho que decirme, pues en su agonía brotaron de sus labios palabras que no pude entender.

Per fin me pareció que se había extinguido en él la vida y me alejé del lugar de su muerte para deciros lo que os he dicho y para salir adelante con mi amoroso empeño, ó intentándolo perecer en la demanda.

Capítulo II

Pormenores de un crimen

DE pronto, Gonzalo de Salazar, cuya excitación era tal, que D. Pedro de Togores consideró prudente no añadir ni una palabra más hasta que en parte se hubiese calmado, detúvose delante de él, y encarándosele, le preguntó con irritación:

—Después de todo, vos que me enteráis de esa intriga, que estáis en todos sus pormenores, debéis indicarme cómo debo proceder, pues imposible se me hace que todo ese plan no tenga algún lado flaco por el cual podamos atacarle.

—Necesario es hacer justicia á la exactitud de vuestras presunciones.

—¿Existe ese lado flaco?—preguntó Salazar con ansiedad.

—Sí, existe.

—¿Y no me lo habéis dicho inmediatamente! ¡Togores, no sois vos tan buen amigo mío como yo creía!

—En la excitación en que os hallabais y que apenas empieza á calmarse, juzgué más prudente callar.

—¿Callar decís, cuando hablando la habriais hecho cesar en el acto?

—Nada se ha perdido y voy á daros la salida que habéis sospechado.

—¡Hablad, D. Pedro, hablad!

—Los pliegos de D. Hernando, designan, por su intendente y gobernador, á Francisco de las Casas.

—¡Pero Francisco de las Casas no se hallá en estos reinos!

—Vos lo desterrasteis é hicisteis embarcar para España, lo cual ignoraba D. Hernando.

—En ese caso...

—La cosa es clara y el triunfo vuestro.

—Efectivamente,—repuso Salazar sonriendo satisfecho,—las órdenes de D. Hernando no pueden cumplirse, y yo estoy en mi derecho para negarme á entregar el gobierno á otro que no sea el designado por el conquistador. No podía, en efecto, haber deseado una más honrosa salida.

—Prevenido, como estáis, nada os será tan fácil como fingiros dispuesto á acatar las disposiciones de D. Hernando, en cuanto se os den á conocer.

—Así es la verdad.

—Pero aun podéis hacer más.

—Decidlo, Togores: veo que vais á ser mi ángel salvador; ¿qué debo hacer?

—En el riesgo en que os halláis y cuyas consecuencias, lo más que podéis hacer, será retardarlas, pero no conjurar, os importa dar un último golpe á vuestros enemigos.

—Pensad, D. Pedro, que quizás son actualmente más fuertes que yo, puesto que poseen pliegos con que acreditar que D. Hernando vive.

—Por lo mismo que soy de vuestra opinión os aconsejo el golpe; por medio de él podéis sin duda debilitar su fuerza.

—Mucho me convendría.

—Y bien, en ese caso seguid mi consejo.

—¿Cuál es él?

—Privad al partido de Cortés de uno de sus más principales y activos agentes.

—Decid su nombre.

—D. Alvaro de Silva.

—¡D. Pedro!—exclamó con disgusto Salazar;—al darme tal consejo ¿procuráis por mí ó por vos?

—Por los dos,—contestó sin inmutarse el interpelado;—pero aun cuando sólo por mí procurase ¿tan poco vale la noticia que os he dado que os creéis dispensado de sostener la oferta que me hicisteis de servirme en cuanto os pidiese?

—Pero debéis saber que D. Alvaro de Silva es pariente próximo del comendador Cobos, en cuya protección espero y confío lo bastante para haber hecho lo que llevo hecho.

D. Pedro, afectando la más completa indiferencia, se puso en pié como quien se dispone á terminar una conversación y á retirarse, y con la mayor naturalidad dijo:

—Bien está, en ese caso vuestros amigos estamos de más y me retiro.

Salazar, ofendido, le observó lo siguiente:

—Como gustéis, pero antes de salir pensad bien lo que hacéis.

—Pensado está: lo que hago es llevarme conmigo un secreto que prudentemente, al parecer, habíame reservado.

—¿Un secreto?

—Sí; un secreto.

—¿Que me atañe?

—Tanto que sin él, el aviso que os he dado sirve para maldita de Dios la cosa.

—Togores, estáis abusando de mi paciencia, hiriendo mi curiosidad.

—Pues contádselo al comendador Cobos y á ver si él os saca del compromiso, como yo podría sacaros.

—Togores, por última vez, ¿queréis ó no ser mi amigo?

—Si me dais pruebas de desearlo por vuestra parte, no tengo escrúpulo en responderos afirmativamente.

—¿Pero qué es lo que me exigis contra D. Alvaro de Silva?

—Sencillamente que lo hagáis ahorcar,—respondió con calma feroz D. Pedro de Togores.

—¡Ahorcarle! ¿tanto le aborrecéis?

—Parece que sí.

—¿Por qué entonces no le buscáis como caballero que sois? ¿Acaso carecéis de espada ó de puño en que sostenerla?

—Ved, Salazar, que no he venido á pedir os consejo. Soy mucho más anciano que vos.

—¡Togores!

—¡Salazar!

—¿Tanto vale ese secreto que queréis venderle al precio de una ingratitud con el comendador?

—Sin duda, puesto que os lo propongo.

—En tal caso...

—¿Cederíais?

—Quizá.

—Está bien; y en tal supuesto os hago otra proposición: juradme que si el secreto es en efecto tan importante como yo afirmo, ahorcaréis á D. Alvaro; si el secreto no es tal como yo lo pondero; nada habréis jurado. ¿Aceptáis?

—Acepto.

—En vuestra palabra fio.

—Os la vuelvo á dar.

—No lo olvidéis: hé aquí el secreto: no es el nombre de Francisco de las Casas el que consta en los pliegos de D. Hernando.

—Ved que me aseguráis lo contrario de lo que no hace mucho me dijisteis.

—Es la verdad.

—¿Y qué debo creer?

—Que antes os dije verdad y ahora también.

—¿Queréis entreteneros en proponerme enigmas?

—No sería mucho abusar de vos, puesto que yo que tengo la solución, estoy dispuesto á dárosla.

—¡Pues con mil demonios! hacedlo cuanto antes.

—Calma, Salazar, y oidme. D. Hernando escribió en esos papeles el nombre de Francisco de las Casas, pero...

—¿Pero ese nombre ha sido cambiado por otro?...

—Precisamente: ya veis que no sois tan torpe para resolver enigmas, como haciéndoos poco favor, me disteis no hace mucho á conocer.

—¿Y cuál es el nombre con que el de Francisco de las Casas ha sido cambiado?

—No lo sé á ciencia cierta, pero ya supondréis que debe ser el de algún español que no se halle fuera de estos reinos, como sucede á Francisco de las Casas.

—¿Con el de D. Alvaro de Silva?

—No lo sé.

—¡Oh! jeso sería imposible! D. Alvaro no se ha señalado lo bastante entre nosotros para que sus amigos le acordasen tan alta representación como la de sustituir en el gobierno á D. Hernando.

—Nada sé, lo repito, y sin embargo no pienso como vos.

—¿Qué queréis decir?

—Que según vos repetís á cada instante, D. Alvaro es pariente del comendador Cobos, personaje de altísima influencia en la córte del emperador.

—Sin embargo...

—Los amigos de Cortés pudieran haber pensado que los que hoy lo son vuestros, podrían aceptar, mejor á D. Alvaro que á cualquier otro contrario, amigo franco del conquistador.

—¡Oh! si así fuese...

—Nada puedo asegurar, pero sí me consta que el nombre de Francisco de las Casas ha sido cuidadosamente raído de los pliegos de Cortés y cambiado con otro que no conozco.

Gonzalo de Salazar nada contestó, y un instante permaneció en silencio cual si meditase.

Pasado ese momento preguntó á D. Pedro de Torgos:

—¿Y de qué pretexto podría yo valerme para prender á D. Alvaro?

—Yo le tengo y voy á dárosle.

—Decidle.

—Ante vos le acuso, como mejor haya lugar en justicia, de ser el asesino de Alonso de Pacheco.

—¡Sois implacable!—exclamó con disgusto Salazar;—no sólo buscáis su muerte sino su deshonra.

—No es esto una calumnia, Salazar; es la verdad; os lo juro; pero si lo dudáis ved aquí la prueba.

Al decir esto D. Pedro mostró á Salazar un papel en que en efecto constaba el nombre de D. Alvaro, de letra de Pacheco.

Eran unas cuantas líneas de su mano dirigidas á doña Ana, y en las cuales su marido la acusaba de haberle enviado á D. Alvaro para que á traición le diese muerte.

Este papel se lo había arrancado D. Pedro al infeliz Pacheco, amargándole sus últimos momentos con una calumnia contra D.^a Ana.

Después de leerla Salazar, dijo á D. Pedro:

—Pero con este papel lo mismo perderéis á D. Alvaro que á D.^a Ana.

—Si vos hubierais de quedaros con él, así sucedería; pero como sólo os lo he enseñado para desvanecer vuestros escrúpulos, os exijo me lo devolváis.

—¿Para qué lo queréis?

—En primer lugar para hacerle ver á D.^a Ana lo que su marido pensaba de ella; en segundo para justificar ante ella la razón con que ante vos denuncié á D. Alvaro como asesino de Pacheco, y la justicia con que le hacéis ahorcar; en tercero para que amenazándola con hacer público ese papel, acceda á someterse á todas mis exigencias y á ser mi esposa.

—¿Y si aun así se niega?

—¡Si se niega!... Vive Dios, que os entregaré ese pa-

pel para que también la hagáis ahorcar como adúltera y asesino.

Salazar hizo un gesto de asco y horror, y entregando el papel á D. Pedro, añadió:

—¡Después de todo, qué me importan vuestras infamias! Tomad vuestro papel y Dios os lo demande si de él hacéis mal uso.

—Gracias por la advertencia, que, por otra parte, no he solicitado de vos.

Salazar llamó al jefe de sus doscientos guardias y le comunicó la orden de prender inmediatamente á D. Alvaro de Silva.

El capitán salió á cumplir la orden.

D. Pedro se despidió de Salazar, y ya en la calle se dijo á sí mismo:

—Sólo faltaría ahora que Alonso de Pacheco no hubiese realmente espirado: le ví dar las últimas boqueadas, pero con la impaciencia de llevar adelante mi plan, no aguardé á que su cuerpo se hubiese enfriado. ¡He visto seguir viviendo largos años á tantos hombres que supuse muertos!... Pero en fin, lo más que puede sucederme es el tener que rematar lo que D. Alvaro empezó. En un buen caballo puedo en dos horas ponerme en la posada en que Pacheco agonizaba, y en otras dos horas estar de vuelta.

Y D. Pedro de Togores siguió andando en dirección á su casa.

Capítulo III

A lo suyo cada cual

Lo capitán á quien Salazar habia dado la orden para proceder á la prisión de D. Alvaro de Silva, habia sido el mismo Hernán López, el fiel servidor y amigo de Peralmíndez.

¿Cómo no habia acompañado á su amigo y camarada en su expedición contra los indios de Huayaccic?

Peralmíndez habíalo pretendido: no sabia pasarse sin él.

Pero Hernán López se negó á ello rotundamente.

Chirinos se ofendió escuchando á Hernán López y le dijo:

—Paréceme que mis condescendencias para contigo, te hacen creerte superior á mí, y sin duda olvidas que no pasabas de ser un hambriento espadachín, cuando yo te levanté del polvo en que yacías para hacerte todo un personaje.

Hernán López contestó sin enfadarse y como quien habla á un niño mal criado, lo siguiente:

—Podría decirte, Peralmíndez, que sin duda comprendís e que valia mucho más que tú, puesto que á cosa tan baja como el polvo fuiste á levantarme; pero no quiero lastimar tu vanidad. Mas sí debo exigirte que recuerdes que no he sido ingrato contigo, puesto que no sólo me debes todo lo que eres, sino que además me he hecho querer de tí de tal modo, que no puedes pasarte sin mí, al grado de enfadarte porque á acompañarte me niego.

—Y vamos á ver ¿en qué fundas tu negativa?

—En el mismo cariño que te tengo.

—¡Lindo modo de demostrar cariño!...

—De modo es, que no te explicarás mi conducta si yo no lo hago?

—Así es la verdad: nunca me explico yo los absurdos.

—Después de todo puede que tengas razón en calificarla de absurdo: ¿qué mayor absurdo en efecto que obstinarme en permanecer al lado de Salazar, sin la protección que con tu presencia puedes impartirme? Salazar no te quiere bien á tí, pero á mí me aborrece.

No puede perdonarme que yo me haya atrevido á convertirme en tu ángel guardián, contra sus mañas, ni en tu consejero para ayudarte á pensar casi tanto como él.

Sin mí, es claro como la luz, tú te habrias dejado guiar por él, que es mucho más pícaro que tú, y habria hecho recaer sobre tí toda la odiosidad que sobre él pesa casi exclusivamente, gracias al esfuerzo que en ello he puesto.

Salazar, que no lo ignora, puede, si yo me descuido, jugarme una mala pasada, en descargo de las culpas que me atribuye, y no obstante me quedo aquí y no utilizo la ocasión que se me ofrece para huir de su presencia, que me es molesta y pesada.

¿Y por qué hago esto y á esto me expongo?

No lo adivinas ¿no es cierto?

¿No has echado de ver el gusto con que se enteró de tu determinación de hacer la campaña contra los indios de Huayaccic?

¿Acaso has creído que un hombre como Salazar que no teme á Dios ni al diablo, puede creer á los indios de Huayaccic motivo bastante para separarte de él?

No, Chirinos; si celebra tu rasgo de valor, si te anima á emprender esa campaña, que después de todo no ha de tener importancia, es porque desea que de aquí te alejes.

¿Para qué? no lo sé yo, pero no dudo que para algo nada bueno.

Y como la curiosidad es en mí tan instintiva é irrepresible como en las mujeres, me propongo satisfacerla y hacer cuanto me sea dable para evitar que tu buen compañero te perjudique.

Cuando tú vuelvas de tu campaña, necesitarás que alguien te entere de lo que Salazar haya hecho, dicho y pensado: yo tomo sobre mí esa carga; yo seré por tu cuenta el espía de las acciones de Salazar.

Peralmíndez quedó satisfecho con estas explicaciones y partió á la campaña sin Hernán López, que quedó en la ciudad llenando su cometido con tan exquisito tacto, que Salazar le creyó como nunca adicto á su persona.

Cuanto malo concebía el factor lo aplaudía y apoyaba Hernán López, y no sólo en realizarlo le ayudaba sino cuanto á él no le ocurría, Hernán se lo indicaba.

Su plan era acabar de desprestigiar al factor, hacerle blanco de la aversión del vecindario y apresurar su caída para elevar á Peralmíndez al dominio único y absoluto de la situación.

No pensó, pues, en ejecutar la orden de prisión contra D. Alvaro.

Además de que el joven le simpatizaba, tenía encono y mala voluntad contra D. Pedro de Togores, y por nada de este mundo hubiese consentido en ayudarle á hacer presa en la hermosa D.^a Ana de Pacheco.

Hernán López se había enterado de toda la conversación mantenida con el factor por el padre de D.^a Leonor.

Difícil y peligrosa era la situación.

Que Cortés vivía no era una novedad para Hernán López: él había tejido quizá los principales hilos de aquella trama, suficientemente rala y grosera.

El mal y la dificultad estaban en que llegase á confirmarse que D. Hernando hubiese escrito encargando á una nueva persona del Gobierno de la cosa pública.

Pero aunque así fuese, él mismo había salvado á Salazar y Chirinos si, como D. Pedro decía, el nombrado éralo Francisco de las Casas, ausente, por destierro, de la Nueva España.

Aunque los partidarios de Cortés estuviesen conformes en raer de los pliegos de provisión el nombre de las Casas, no lo estarían en la elección del nombre con que aquél habrían de sustituir.

Esta era la opinión de Hernán López, fundada en que en aquellos días todos cuantos moraban en la Nueva España se creían buenos y capaces para gobernadores, pues habían visto serlo á Salazar y á Chirinos y nadie creía que por mal que lo hiciese lo había de hacer peor.

—Todo se reducirá,—se dijo á sí mismo,—á un motincito más, que Salazar sofocará, ahorrando á media docena de revoltosos, que procuraremos sean de los más salientes.

Y si la casualidad quisiese por uno de sus inexplicables caprichos que Peralmindez vuelva triunfante de los indios, no necesitaré mucho para sobreponerle á Salazar, quien procuraremos que aparezca como una fiera sedienta de humana sangre.

Para desechar como absurdos sus temores de que Alonso de Pacheco no hubiese quedado muerto, no necesitó D. Pedro más tiempo de lo que empleó en llegar á su casa.

—Me imagino las cosas peor de lo que están.

La espada de D. Alvaro causó una de esas heridas que el ojo más inexperto califica de mortales.

Que Alonso haya resistido más ó menos tiempo á sus efectos, nada tiene de particular.

Su cuerpo estaba tan acibillado de cicatrices que no es extraño que la vida haya vacilado en salirse por la nueva abertura.

Alonso fué un valiente, tan valiente como el que más. Su muerte está, pues, en relación con su valentía.

La mayor parte de los hombres como él, hallan la muerte, no en los campos de batalla en que la buscan, sino en un lance vulgar y prosáico como el que á Pacheco sobrevino con D. Alvaro.

¡Famosa curación le hizo éste á la verdad! Si las heridas de su espada son de primera clase, hay que con venir en que si alguna de ellas tiene remedio, sólo él mismo puede aplicarle.

Pero Alonso ya estaba viejo para tales achaques.

Sin embargo, Dios sabe lo que hubiese sucedido si yo no llego á dar con él.

Pero la escena que conmigo tuvo, dió al traste con todo el efecto de la curación.

La conciencia me remuerde, pero en aquellos instantes no fui dueño de mí.

¿Cómo podía yo haber escuchado en calma que Alonso disculpaba á D. Alvaro y aun se le mostraba agradecido?

Mi razón se enloqueció y por tal de no oír elogios de mí aborrecido rival, le calumnié á él y calumnié á doña Ana, y Pacheco escribió este horrible papel en que fundo todas mis esperanzas de triunfar de la esquividad de doña Ana, y que, no obstante, parece que me quema el pecho sobre el cual le llevo!

Después... después entró en horrible agonía y ya no pudo oír los consuelos que, compadecido, procuré darle.

Cesaron sus convulsiones; abriéronse sus ojos y apagáronse quedando en blanco.

No debo dudarlo: Alonso de Pacheco no pertenece ya al mundo de los vivos.

Capítulo IV

El padre y la hija

SEGURO de que en su razonamiento no podía haber error, D. Pedro desistió de perder las cuatro horas que, según su cuenta, hubiese empleado en asegurarse de que Alonso de Pacheco quedaba bien muerto, y dándole por tal se acicaló, y dispuso para pasar á casa D.^a Ana y hacerse recibir por ella.

Vencidas las dificultades que se le presentaron, tuvo con la hermosa dama la conferencia solicitada.

¿Qué ocurría entre los dos actores de aquel drama?

Lo ignoramos, al menos por el momento.

Pero consta que la servidumbre de D.^a Ana se alarmó con los gritos y blasfemias que escuchó proferir á D. Pedro.

Cuando salió de aquel precioso saloncito en que varias veces hemos penetrado con nuestros lectores, parecía un poseído y una fiera.

Como á tal abriéronle el paso en las antecámaras, que

cruzó murmurando por lo bajo palabras de horrible significado.

D. Pedro volvió á su casa, é hizo llamar á su hija.

No tardó ésta en acudir al llamamiento.

Si grandes cambios habíanse operado en el semblante del padre, no eran en verdad menores las huellas que los adversos sucesos habían dejado en el rostro otros días agraciado de la hija.

Creeríase, á ser posible, que en unos cuantos meses habían pasado sobre ella numerosos años.

Estaba completamente demacrada.

Pero lejos de haber embellecido, que este prodigio suele obrar el sufrimiento, los de D.^a Leonor habían casi borrado los trazos de su juvenil hermosura.

Y era que en D.^a Leonor, como en D. Pedro, al sentimiento se sobreponía el orgullo, y al corazón dominaba la cabeza.

En ambos el dolor revestía las formas de la ira.

Si lloraban, sus lágrimas no desahogaban su corazón, porque eran amargas como la hiel que corroe el alma y produce en ella la gangrena del odio.

Ni uno ni otro sabían perdonar: ambos ignoraban el goce íntimo que este sentimiento generoso produce, sin que muchas veces la magnitud del sacrificio que ese perdón importa, contribuya á otra cosa que á acrecer la satisfacción de haberle concedido.

A semejanza de la imperfecta justicia humana, para ellos ninguna falta debía quedar sin castigo, y en manos como las suyas este castigo revestía todas las formas de una venganza.

Ni el padre ni la hija se hicieron, al hallarse el uno en presencia del otro, la menor demostración de afecto.

—¿Qué tenéis que decirme?—preguntó secamente doña Leonor.

—Nada que no haya de seros profundamente desagradable;—contestó bruscamente D. Pedro.

D.^a Leonor repuso con indiferencia:

—Ni uno ni otro podemos aguardar otra cosa.

—Tenéis razón D.^a Leonor; parece que estamos mal-ditos de Dios.

—Pero al menos espero, padre mío, que no os habréis dejado imponer una vez más por esa mujer funesta, porque no dudo que de casa de D.^a Ana venis.

—Es la verdad.

—Y... ¿continuáis amándola?

—Si amor es odiar con rabia, herido por sus desdenes, sí, la amo con desesperación.

—Ya os lo he dicho, padre, debéis huir, debemos huir.

—¿Huir!... ¡jamás! ¡Necesito amargar su triunfo!

—¿Qué triunfo?

—No lo adivináis y decís, D.^a Leonor, que amáis á D. Alvaro?

Ante estas palabras frunciéronse las cejas de la joven, cuya frente quedó surcada por numerosos pliegues.

—Si sabéis que no quiero decírmelo á mí misma, ¿por qué con tanta crueldad me lo recordáis?

¿Queréis renovar el daño que me hicisteis consintiendo en mis relaciones oficiales con D. Alvaro?

¿No estáis seguro de que con ello me convencisteis de que D. Alvaro no me amaba?

¿Creéis que lo ignoro?

¿No os consta que la aborrezco?

¿Por qué, si no es por fundados celos, una mujer aborrece á otra mujer?

¿Por qué venis á buscar en mi deseos de venganza que no podré ver satisfechos?

—Para sacaros de este último error os he llamado:—contestó D. Pedro, poniendo punto á la sucesión de preguntas de D. Leonor, quien se sorprendió, sonriendo siniestramente, al escuchar la respuesta de su padre.

—¿Sí, D.^a Leonor, aun podéis vengaros, aun podemos vergarnos!

—¿De qué modo?

—Sirviendo de instrumento á la justicia de Dios.

—Explicaos, padre.

D. Pedro mostró á su hija el mismo papel que, escrito por Alonso de Pacheco, habia mostrado á Salazar.

D.^a Leonor, después de leerlo, poniéndose pálida hasta un grado cadavérico, tuvo un impulso de generosidad diciendo:

—Pero entonces ¿quién es esa hermosa mujer?

—Ya lo estáis viendo: una fiera terrible. Consentida en que su marido habia muerto, no pudo resignarse á salir de su error, y D. Alvaro aceptó el encargo de asesinar á Pacheco.

—Y bien...—comenzó á decir D.^a Leonor, sin saber como continuar.

D. Pedro zanjó la dificultad diciendo:

—Una vez en mi vida he tenido la debilidad de creer posible el arrepentimiento en humanas criaturas, y en mi error me dirigí á D.^a Ana proponiéndole á cambio de este horrible papel de Pacheco, su regeneración. En vano la conjuré á no llevar adelante su crimen uniéndose á su cómplice. En vano la propuse vuestro matrimonio con D. Alvaro, y el suyo conmigo. Después de negar su participación en el crimen, se negó á todo avenimiento.

—Y en ese caso...

—En este caso estoy resuelto á que la justicia humana caiga con todo su peso sobre la cabeza de los criminales.

Dentro de un instante saldré á denunciar el crimen ante Salazar.

Se dictará orden de prisión contra D.^a Ana.

Pero una vez reducida á ella, la cárcel pública no me ofrece garantía de seguridad.

No hay en ella carceleros ni guardias capaces de no dejarse seducir por esa encantadora mujer.

Pero todos los vecinos de México tienen derecho á ofrecerse á custodiar á un reo, respondiendo de él con su persona.

Yo haré uso de ese derecho para con D.^a Ana.

—¿Y acaso vos podéis resistir mejor á su seducción?

—No seré yo quien tome sobre sí tal encargo.

—¿Quién entonces?

—Vos, D.^a Leonor.

—¡Yo!—exclamó la jóven con disgusto.

—Vos, ¡D.^a Leonor!—repitió D. Pedro clavando en su hija sus miradas, como pretendiendo descubrir sus íntimos pensamientos.

—Yo no puedo aceptar tan odioso encargo,—contestó la joven en un arranque de dignidad.

D. Pedro sonrió maliciosamente haciendo á la vez un gesto que podía significar, esta ó semejante idea:

—Ya me lo esperaba.

Después añadió en voz alta:

—No ha sido mi ánimo, hija mía, convertirlos en carcelero de una reo condenada á muerte; si tal hubiera de ser el fin de D.^a Ana, poco me importaría exponerla á los insultos y vejaciones de la soldadesca.

—¿Qué es entonces lo que pretendéis hacer con ella?

—Hacerla creer que le otorgamos un verdadero favor señalándole nuestra casa por prisión; ganarla para nosotros y obtener así, quizás, lo que de otra manera no obtendríamos jamás de ella.

Vos, D.^a Leonor, trataréis de hacérselo creer así, y tal vez vuestra elocuencia femenil logre persuadirla de aquello que mis amenazas no lograron.

—Acepto,—contestó D.^a Leonor viendo en el proyecto de su padre una probabilidad, sin duda, de remedio y alivio.

Obtenido el consentimiento de su hija, D. Pedro salió de su casa en dirección á la de Salazar.

Por el camino iba diciendo:

—Bien sé yo que eso es imposible; pero necesité engañarla con mentidas ilusiones para que consintiese en guardar á D.^a Ana, como nadie la guardaría. Pero en cuanto á interés personal ninguno me mueve sino el de la venganza. ¡Ah D.^a Ana! ¡Sí; no lo dudéis, pronto me habré vengado!